



LA ARMADA



Organo del Comisariado de la Flota ::



Portavoz de los Marineros de la República ::

Época 2.^a (Año II).-Cartagena 30 de Julio de 1938.-Redaccion: Muralla del Mar, 7-1.^o-izqda.-Tel. num. 10.52.-Núm. 75

En la línea justa, ¡todo!; fuera de ella, ¡nada!

No tienen razón alguna aquellos que a espaldas nuestras hablan de nuestra política con rencor y con encono, a pretexto de una actitud que jamás hemos tenido.

Hablar mal del Comisario, o de los Comisarios, halagando, en cambio, a unos jefes, que nosotros defendemos, y a los que aún no hace mucho se atacaba y censuraba como dudosos o desleales, ni es honrado ni es limpio. Además de no ser limpio ni honrado, es por demás peligroso, porque aunque los que mueven los hilos se supongan otra cosa, en los barcos de la Flota no se puede hacer eso, porque si las Dotaciones conociesen a los intrigantes y los mercederos de esta política sucia, es posible que les diesen algo más que el desprecio.

Hablar de maniobras facciosas en un barco de glorioso nombre, y lo que es mejor, de gloriosos hechos, ocultando al Comisario lo que se sabe que es falso, es minar el prestigio del Comisario y la propia dignidad del barco.

Ofrecer el carnet a los jefes, alegando que mañana puede ser necesario, es repugnante y sucio, y tan censurables son los que emplean esa política como los que la admiten y la toleran.

Quien como nosotros ha renunciado a todo menos a ganar la guerra, no tiene por qué molestarse ni aludirse en este caso. ¿Qué menos podemos decir cuando vemos y comprobamos la insistencia en el error y en la conducta, contraria a nuestra hermandad y a nuestra lealtad política?

¿No se convencer los insensatos del daño que nos causa a todos y no se dan cuenta tampoco que el Comisario Político es el que más lo sufre y no puede proclamarlo, por lo mismo que hemos dicho de renunciar a todo menos a la victoria?

Nuestra pasión no fué, ni va ni irá en la guerra contra otro enemigo que no sean los traidores y los invasores de España, pero queriendo entrañablemente a todos los antifascistas sin preguntar su apellido, les exigimos a todos una sola cosa: ¡LEALTAD!

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

refiriéndose al porvenir ruinoso que la guerra acarrea ya al país,

HA DICHO:

“Durante cincuenta años, los españoles estarán condenados a una pobreza estrecha y a trabajos forzados, si no quieren alimentarse con la corteza de los árboles”.

EL MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL,

a las fuerzas de tierra, mar y aire,

DICE:

“El pueblo a que pertenecéis no os pide que perezcáis defendiéndolo. ¡Os exige que triunféis! Y os lo exige porque necesita la victoria para sobrevivir como pueblo libre”.

EL COMISARIO GENERAL,

a todas las dotaciones,

HA SEÑALADO:

“Cuando veo que un grupo—o un partido cualquiera—quiere imponer su política, lo siento y me indigno, porque pienso que a ese grupo—o a ese partido—le interesa más lo suyo que la sangre de los demás, que la libertad y la independencia de su Patria. Por eso, hay por ahí quienes me acusan de sectario: ¡Porque les niego el derecho a propagar más política que la de la bandera del buque: ¡Que es la de España!”



El periódico y los chuscos

1 El otro día, un compañero, al enterarse de nuestro cambio de formato, nos dijo en tono de broma: «¡Hombre! Lo siento, porque, así, me va a resultar pequeño para liar el chusco.»

Nosotros, claro está, reímos grandemente la ocurrencia del amigo. Pero, «por si las moscas», queremos «cantar barco».

—Ahora que sacamos tan lindamente nuestro semanario (quien no se jalea, es porque no quiere), al primero que veamos cogerlo para envolver el chusco... ¡vaya estopinazo que

vamos a hacer a cuenta de él! ¿Estamos?

El periódico, para coleccionarlo y que nos sirva un buen día de dulce recuerdo de estas azarosas horas de guerra, ¡Será tan interesante entonces!

Adolfito «el facilidades»

2 Horas antes de que los reyes ingleses se trasladasen en su visita a París, un emisario de Hitler hizo acto de presencia en el Foreign Office, para decirle a Lord Halifax que el III Reich veía con muy buenos ojos ese acercamiento franco-británico.

¡«Pa» que te fies, macabeo! Señores: ¡Qué tios más embusteros!

Los vampiros

Mucha es la sed de sangre que ha demostrado—y demuestra—tener el coctel de razas que está devastando a España.

Todas las felontas, todas las atrocidades que se nos cuentan perpetradas en la otra zona, no han de asombrarnos. De gente de tal calaña no puede esperarse otra cosa. Son seres anormales. Deficientes mentales. Gentes con instinto de hiena y, como este repugnante animal, cobardes. Sin este requisito no se utreven. Es más. Huyen.

A la cadena de crímenes cometidos en la zona rebelde no se le ve el último eslabón. Es una vorágine de sangre que pide más sangre. Más víctimas que inmolarse en los altares de la traición. No son hombres, son vampiros. La sangre constituye su alimento cotidiano. Y no encuentran sangre suficiente que pueda apagar su insaciable sed.

Un amigo nos ha mostrado el libelo titulado «Correo Español», de Bilbao, que publica una relación de mártires ajusticiados en garrote vil. Figuran en ella, entre otros, nacionalistas catolicísimos y de convicciones arraigadas. Esto nos ha proporcionado una honda preocupación. Mejor dicho, nos ha desorientado. Porque si en la zona rebelde asesinan a los hombres de izquierdas y a los de derechas, ¿qué impulso informa su rebeldía contra los avances de la República? Si lo mismo condenan a creyentes que a ateos, ¿qué religión defienden? Estamos seguros que ni ellos mismos lo saben. Es decir, si. Saben que están al servicio de dos potencias extranjeras. Que los que se sublevaron no pintan nada. Que aquéllo sólo fué el pretexto para consumir la más vil de las traiciones. Y ahora es tarde para volverse atrás. No pueden. Son prisioneros de los de fuera.

No se puede actuar dubitativamente en la vida. A nadie se le exige que piense de esta o de la otra manera. Pero la decencia es obligatoria, se esté donde se esté. Y los traidores y los asesinos nunca han podido ser personas decentes.

V

Nue
nue

Div
rios d

tinci6n
(como

«Nuestro
«Libre

Alican
Corre
de V

«El S
Madri

que se
tenido

aparic
su seg
dato

Política

do si
Gener

no Al
En

pecial
d-cem
traci6n

ARM.
dolo

sariad
de to

Dre c
Mar,
desde

da la
pone,

quier
helo c

tra Pa
Gra

El
ñados

VIDA DE LA FLOTA

Nuestra gratitud y nuestro saludo

Diversos e importantes diarios de la España leal, sin distinción de matices ni tendencias (como «Unidad», de Cartagena; «Nuestra Lucha», de Murcia; «Liberación» y «Avance», de Alicante; «Fragua Social», «La Correspondencia» y «Adelante» de Valencia; «Mundo Obrero», «El Socialista» y «Política», de Madrid, y otros muchos más, que sentimos no recordar), han tenido la gentileza de acoger la aparición de LA ARMADA en su segunda etapa actual con laudatorias frases de aliento, extensivas a la labor del Comisariado Político de la Flota y, de un modo singular, de su Comisario General, nuestro camarada Bruno Alonso.

En nombre de todos, y en especial de Bruno Alonso, agradecemos vivamente esta demostración de atención cordial. LA ARMADA es, y seguirá siéndolo mientras subsista el Comisariado de la Flota, el portavoz de todos los marinos. En nombre de los combatientes del Mar, saludamos, una vez más, desde nuestras columnas, a toda la prensa hermana, que antepone, como nosotros, a cualquier otra consideración, el anhelo constante de libertar nuestra Patria invadida.

Grata visita

El domingo pasado, acompañados por el Comisario de la Escuela Naval Popular, estuvieron en el «Miguel de Cervantes», para saludar al Mando de la Flota, el Comandante del 6.º Batallón de Retaguardia, de Alicante, don Elías Palma y los miembros del Comisariado de dicha Unidad compañeros Pascual Sánchez y Guillermo Vallejo.

El Comandante Palma, que a su condición de militar—que ha pasado en el Frente Centro los meses del Madrid heroico—une excelentes dotes literarias, tuvo la gentileza de ofrendar al Mando de la Flota unos ejemplares de su último libro.

Luego, marcharon al «Almirante Antequera», cuyo Comisario es comprovinciano y viejo amigo de los visitantes.

Después de visitar la Escuela Naval y la Jefatura de la Base, regresaron a la capital alicantina, muy complacidos del viaje.

NECROLÓGICA

Cuando ya estaba compuesta la anterior noticia, nos llega la infausta nueva de que el compañero Vallejo, en las primeras horas de la mañana del lunes, cayó para siempre, víctima de la metralla de la aviación enemiga, en su nuevo raid sobre Alicante.

El finado, sobre su condición de miembro del Comisariado del 6.º Batallón de Retaguardia, en la vida civil, era Delegado Provincial de Trabajo.

Al entierro del cadáver, en nombre del Comisario General, así como en el suyo propio, asistió el camarada Torregrosa, Comisario del «Antequera».

Tanto a su esposa como a los buenos amigos y camaradas alicantinos, enviamos desde nuestras columnas el más sentido pésame.

Emisora de la Flota

Intervención semanal de Comisarios, a las 9 de la noche

Lunes. — Camarada Ginés Ganga, de la Escuela Naval Popular.

Martes. — «Crónica internacional», por Juan Diplomático.

Miércoles. — Compañero Pablo Toucet, del «Libertad».

Jueves. — «La Religión y la Iglesia ante la República y la guerra», por el camarada Ilde-

fonso Torregrosa, del «Almirante Antequera».

Viernes. — Compañero Nicolás Furió, del «Gravina».

Sábado. — Alejandro Rodríguez Seguí, del «Miguel de Cervantes».

Un nuevo obsequio a la Flota

El Comisario General ha recibido de la Internacional Socialista un nuevo obsequio para la Flota Republicana, consistente en ocho cajas de jabón y cien cajitas de botes de leche condensada.

Al recibir este nuevo obsequio, el Comisario General de la Flota, en unión del Jefe de la misma, han expresado a la Delegación Española de la Internacional Obrera la gratitud de la Flota, cuyas dotaciones saben agradecer estas atenciones por encima de toda tendencia política.

El Comisario General

Visita de buques

El pasado lunes, el Comisario General giró una visita a los destructores «Sánchez Barcáiztegui» y «Lepanto», a cuyas dotaciones dirigió breves palabras de perseverancia en el trabajo y

en la lucha, así como de fe en la victoria final, regresando muy satisfecho de la visita, ante el creciente espíritu patriótico y antifascista de todos.

Dos telegramas significativos

Cómo juzgan a nuestra Flota los verdaderos antifascistas

El Comisario General de la Flota, nuestro camarada Bruno Alonso, ha recibido los siguientes telegramas que estimamos un deber publicar:

«Conductores del Servicio de Tren del Ejército, de la 90 Brigada Mixta y 12 División, que se sienten orgullosos de defender a su Patria, saludan con toda emoción al gran Comisario Político de la Flota Republicana y a sus valerosos Jefes, así como a todos esos marinos, hijos gloriosos del Pueblo». Firman José Fernández y veintiocho camaradas más.

Y del Consejo Provincial de Madrid:

«Cumpliendo el acuerdo unánime del Consejo Provincial de Madrid, transmito al Comisario General de la Flota un fervoroso saludo, que ruego traslade V. al digno Jefe de la misma y a todas sus dotaciones».

Agradecemos con emoción estas demostraciones calurosas del vivo afecto que los antifascistas verdaderos sienten, en todo instante, por la gloriosa Flota Republicana. Y en nombre de todos nuestros marinos, embarcados en un solo ideal común de luchar por España, prometemos continuar siendo acreedores, día por día, a la confianza y a las esperanzas que han depositado en nosotros todos los españoles dignos.

Conviene que cada uno sea un centinela en su barco y cuando los castrados y los cobardes «enseñen su oreja sucia», anotar-lo y vigilarlo.

Ejercicios de señales

Clasificación de la primera quincena del presente mes

1.º	Estado Mayor de la Flota.....	0'25	faltas
2.º	«Miguel de Cervantes».....	0'30	»
3.º	«Escaño».....	0'31	»
4.º	«Almirante Valdés».....	0'35	»
5.º	Estado Mayor 2.ª Flotilla.....	0'38	»
6.º	«Ulloa».....	0'61	»
7.º	Estado Mayor de las Flotillas.....	0'72	»
8.º	«Lepanto».....	1'00	»
9.º	«Gravina».....	1'00	»
10.º	«Méndez Núñez».....	1'18	»
11.º	«Almirante Miranda».....	1'22	»
12.º	«Jorge Juan».....	1'45	»
13.º	«Sánchez Barcáiztegui».....	1'65	»

REPORTAJE SOBRE

tro viaje, portando la numeral del buque griego en cuestión, cedida al efecto.

A los dos días de navegación, a la altura de Cabo Blanco, se cruzó con nosotros un avión, que llevaba rumbo a Canarias, sin más incidencia.

La madrugada del 21 de septiembre, con las luces de situación cual si fuéramos barco mercante, atravesábamos el Estre-

cho, aiendo descubiertos por el proyector de Gibraltar, desde donde se nos pidió la numeral, dándole la griega, lo que causó en los ingleses la natural extrañeza, pues los primeros claros del día permitían ya ver la clase de nuestro barco, por lo que insistieron en la petición.

Nosotros continuamos la marcha, sin responderles, quedando pronto atrás el Peñón.

¡En la España republicana!

Málaga se nos ofreció a las pocas horas. A las nueve y media de la mañana, estábamos en su puerto, donde toda la Flota Republicana, allí concentrada ese día, nos hizo objeto del más apoteósico recibimiento, al que vino a sumarse la población.

Del crucero «Libertad» (buque insignia), se requirió nuestra presencia, marchando al mismo una comisión, que fué recibida

por el Jefe de la Flota, D. Miguel Buiza, acompañado por el Comité Central de la misma, recogiendo los comisionados las instrucciones pertinentes.

Aquel mismo día, a las cuatro de la tarde, salimos para Cartagena, donde se nos tributó idéntico recibimiento que en Málaga. En este trayecto, se precedió a nombrar el Comité de abordó.

Hechos de armas en que se ha intervenido

En honor a la verdad, forzoso es decir que el viejo crucero cuenta en su haber una lucida campaña a lo largo de estos dos años de guerra. Y podríamos indicar que ninguna de las acciones sobresalientes de la lucha ha escapado a su intervención.

Con el grueso de la Flota, participó en la acción sobre la costa de Motril, cosechando blancos tan magníficos como la destrucción de un importantísimo puente y una fábrica de azúcar.

Luego, junto con los destructores «Sánchez Barcáiztegui» y «Gravina», tomó parte en la operación de Pollensa, en las Islas Baleares. Más tarde, le cupo el honor de figurar en los magnos combates de Chérchel y Cabo Palos.

Todo ello, amén de los innumerables servicios de convoyes realizados.

Por su historia, a pesar de sus años, es nada menos que ¡todo un barco!

Clases profesionales a bordo

Para procurar la mayor eficiencia en el personal de la dotación, hay establecidas a bordo unas clases profesionales, por especialidades, a cargo de profesores sacados del propio buque.

Y ya que hablamos de estas cosas, bueno será decir que, en

los exámenes que vienen celebrándose en la Escuela Naval Popular, para cubrir las cien plazas de futuros Oficiales de nuestra Marina de Guerra, los seis opositores presentados del crucero, llevan aprobados, hasta la fecha, todos los ejercicios.

Nuestro próximo reportaje será sobre el destructor «Escaño»

Instrucción militar

Con objeto de que la dotación posea el más elevado grado de preparación militar, se tienen formadas brigadas de marinería y fogoneros, que, al mando de un Oficial, y por turno riguroso,

realizan en tierra toda clase de ejercicios.

Precisamente, cuando la caída de Málaga, se formó, entre la dotación del buque, una Sección de fusileros, que partió al frente andaluz a combatir.

Biblioteca

El «Méndez Núñez» cuenta una biblioteca algo nutrida, compuesta por más de 500 volúmenes, destacando los de textos de especialidades, obras sociales y políticas, literatura clásica, etc.

En la biblioteca, figura la Enciclopedia Espasa, que es muy consultada.

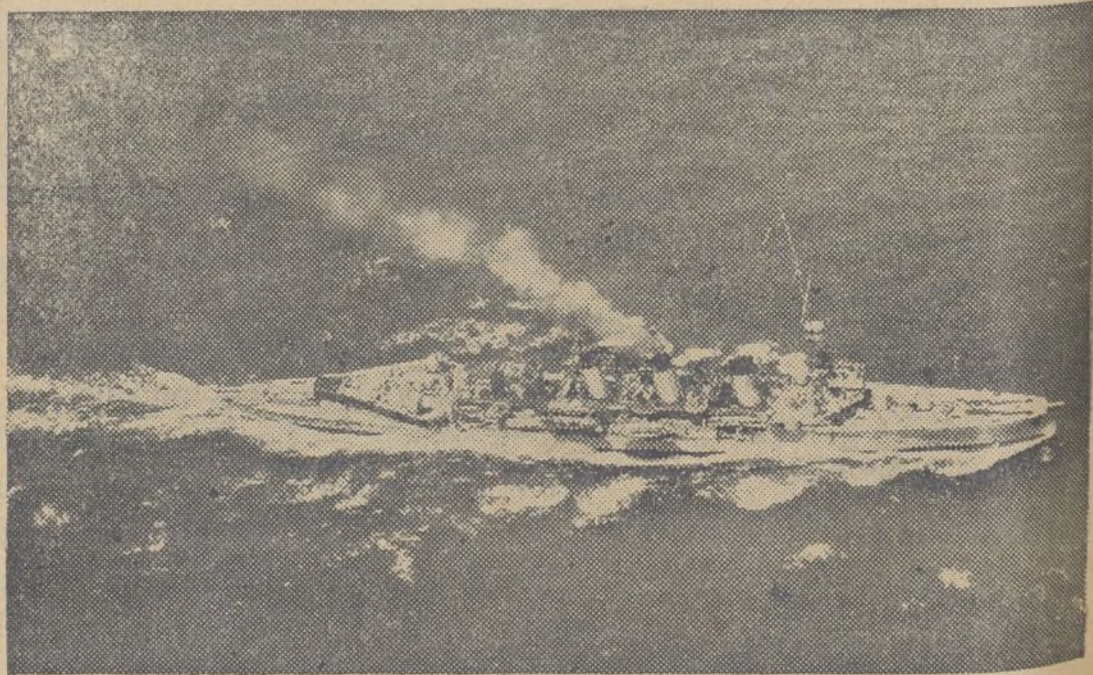
Mensualmente, se vienen llevando alrededor de 600 boletines, lo que representa un buen porcentaje de lectores, ciertamente.

Deportes

Los deportes gozan de la mayor atención por parte de la gente de abordó. Se tiene creado un equipo de fútbol y otro

tres copas: dos, en fútbol, y una, en atletismo (lanzamientos).

También cuenta otra copa más: la alcanzada recientemente



de remo. Está en gestación uno de natación.

Hemos visto los trofeos ganados en pruebas deportivas. Son

en el Concurso de periódicos murales organizado por el Hogar del Marino, donde tuvo el barco el segundo premio.

Enfermería e Higiene

Ambos servicios funcionan perfectamente a bordo. Los enfermos, son atendidos solicita-

mente, gozando de una sobrealimentación adecuada.

Diariamente, se gira la revista de higiene.

La comida de a bordo

Hemos de confesar que es buena y abundante la comida en el viejo crucero. Nuestro yantar, en la visita periodística practicada, no ha sido otro que el

mismo de la dotación. Y los dos platos del menú, nos han sabido, francamente, a suficiente. Quede constancia de ello.

S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA SE DIRIGE AL PAIS

Barcelona 18 de julio de 1938



Cada vez que los Gobiernos de la República han estimado conveniente dirigirse a la opinión general del país, lo he hecho desde un punto de vista temporal, dejando a un lado las preocupaciones más urgentes y cotidianas, que no me incumben especialmente, para discurrir sobre los datos reales de nuestros problemas, confrontados con los intereses permanentes de la nación.

A pesar de todo lo que se hace para destruirla, España subsiste. En mi propósito, y para fines mucho más importantes, España no está dividida en zonas delimitadas por la línea de fuego; donde haya un español o un puñado de españoles que se angustian pensando en la salvación del país, ahí hay un ánimo y una voluntad que entran en cuenta. Hablo para todos, incluso para los que no quieren oír lo que se les dice, incluso para los que, por distintos motivos contrapuestos, acá o allá, lo aborrecen. Es un deber estricto hacerlo, un deber que no me es privativo, ciertamente, pero que domina y subyugan todos mis pensamientos. Añado que no me cuesta ningún esfuerzo cumplir, todo lo contrario. Al cabo de dos años, en que todos mis pensamientos, como los vuestros; en que todos mis sentimientos de republicano, como los vuestros, y en que mis ilusiones de patriota, también como las vuestras, se han visto pisoteados y destrozados por una obra atroz, no voy a conformarme en lo que nunca he sido: en un banderizo obtuso, fanático y cerril.

Incumbe a los Gobiernos dirigir la política, dirigir la guerra; los cuales, como se forman, subsisten o perecen según los vaivenes de su fortuna o popularidad, como las aprecian los órganos responsables en los que se representa y por los que se expresa la opinión pública. Y puesto a discurrir sobre la política y sobre la guerra desde aquel punto de vista que he nombrado que me pertenece por obligación, he procurado siempre afirmar verdades que ya lo eran antes de la guerra, que lo son hoy, como seguirán siéndolo mañana. Seguramente estas verdades las hemos descubierto entre todos, cada uno a su manera: unos, las han descubierto por puro raciocinio; otros, las han descubierto por los implacables golpes de la experiencia.

Lo que importa es tener razón y después de tener razón, importa casi saber defenderla; porque sería triste cosa que, teniendo razón, pareciese que la hubiésemos perdido a fuerza de palabras locas y de hechos reprochables. Es seguro que a la larga, la verdad y la justicia se abren paso; mas, que se lo abran, es indispensable que la verdad se depure y se acendre en el íntimo de la conciencia y se acicate bajo la lima de un juicio independiente y que saiga a luz con el respaldo y el seguro de una responsabilidad. He procurado siempre que todos lo hagan así. El derecho de enunciar públicamente subsiste a pesar de la guerra, salvo en aquellas cosas que perturbar conocidamente lo que es propio y exclusivo de las operaciones de la defensa. Y de esa manera, cada cual aporta su grano de arena a la opinión. Pero, más que un derecho, es una obligación imperiosa, en todos los que de una manera o de otra toman parte en la vida pública. Es una obligación difícil de cumplir. ¡Cómo no va a serlo! Demasiado para vencer esa dificultad se recomienda mucho, como higiene moral, el cotidiano de actos de valor cívico, menos peligrosos que los actos de valor combatiente en el campo de batalla, pero no menos necesarios para la conservación y la salud de la República.

En esa tarea de aconsejar a la opinión, o, más exactamente, de poner a la opinión en condiciones de saber lo que conviene al país, no he regateado mi parte; tampoco hoy. Pienso que, en España, amigos y enemigos están acostumbrados a escucharme como a un hombre que nunca dice lo contrario de lo que siente. O a no escucharme, y por igual razón.

Con estas advertencias llamo en primer término vuestra atención sobre el hecho que todos conocéis: de todas las fases porque ha ido pasando este drama español, la que hoy predomina y absorbe a todas las demás es la fase internacional.

Apariencia y realidad de nuestro drama

El drama español surgió aparentemente con los caracteres de un problema de orden interior de España, como un gigantesco problema de orden público. Todos los Gobiernos de la República se han esforzado por situarlo así, porque no fuese más, y ya era bastante. Y la sinceridad de los propósitos y las intenciones de todos los Gobiernos de la República, no puede ponerse en duda, aunque no sea más, si no hubiera otras razones, que por la conside-

ración de su propia conveniencia porque de que el drama español dejase de ser un conflicto nuestro, sólo mayores desventuras y calamidades y conflictos podrían venir. Pero el ataque a mano armada contra la República descubrió pronto su aspecto de problema internacional. ¿Lo descubría porque unos grupos sociales o unas fuerzas políticas o las fuerzas armadas del Estado se rebelaban contra el régimen establecido? No. Se revelaba esa fase, porque otros Estados europeos, principalmente Alemania e Italia, acudían decididamente, con hombres y material, en apoyo de los que atacaban violentamente a la República. ¿Y por qué acudían? ¿Por qué les prestaban este apoyo? ¿Acaso por pura simpatía política, o emprendiendo lo que se llamaría malamente una cruzada ideológica? ¿Por puro espíritu de propaganda? No. En el fondo, al Estado alemán y al Estado italiano les importa muy poco cuál sea el régimen político de España, y, si la República española se hubiera prestado a entrar en el sistema de política occidental europea que planteaba el Gobierno italiano y a prestarse a deshacer el «statu quo» actual y a servir los intereses de la naciente hegemonía italiana en el Mediterráneo, ¡ah!, es seguro que en Roma y en Berlín se hubiese declarado que la República española era un arquetipo de organización estatal. Les prestaban esa ayuda para incorporar a España con todo lo que España significa, a pesar de su debilidad militar, al sistema que, nace en Roma, y que no me voy a cansar en definir porque todos lo conocéis.

Cuando los síntomas probatorios de esta situación aparecieron, y los divulgamos, y los dimos a conocer al mundo entero, no fuimos creídos. Se pensó, tal vez, que eran artículos para la exportación, trabajos de la propaganda, y yo mismo, allá por julio o agosto del 36, en las primeras manifestaciones públicas que hice para el extranjero sobre nuestra cuestión, lo dije así. Debieron creer que yo me había adscrito a los servicios de propaganda. Después, los Gobiernos de la República, incesantemente, han llevado a todas partes las pruebas de este hecho; pruebas irrefutables que destruían la convencional actitud de fingir una duda, y todas estas pruebas fueron recibidas o con una reserva desconfiada o una simpatía taciturna; pero ya nadie lo puede poner en duda, nadie puede aceptar la posición de la duda y ha sido preciso, para que estas dudas no puedan subsistir, ni siquiera como artificio de discusión, que los propios agresores confiesen la agresión, se jacten de ella, expliquen sus fines, y no sólo éstos, sino que conviertan la agresión en moneda de cambio y en materia de regateo y de contrato.

Delante de esta situación, ¿qué han hecho los Gobiernos de la República? ¿Acaso declarar la guerra a Italia y a Alemania? No. Han ido con su derecho a las Instituciones internacionales creadas para el mantenimiento de la legalidad. España, sobre todo con la República, había tomado en serio los propósitos, aunque no siempre los métodos, de la Sociedad de Naciones; y se había adherido a los principios que inspiran los planes de seguridad colectiva. Y aunque todos los españoles, por raro caso, estaban unánimes en mantener en nuestro país una neutralidad a todo trance y costa, España aceptó las limitaciones que a esa política de neutralidad contiene y contenía el pacto de la Sociedad de Naciones, con tal de sumarse a una obra superior de interés general.

La República inscribió en su Constitución los principios generales del pacto. La República se sumó a la política de sanciones cuando el ataque italiano contra Etiopía, secundando la política de los poderosos de la tierra, que entonces tenían la fortuna de que su interés nacional coincidiese con los dictados que rigen la vida moral de la Sociedad de Naciones. Cuando la política de sanciones fracasó por lo que todo el mundo sabe, la República española quedó expuesta, descubierto el costado, a las represalias del rencor. Pocas semanas después de decretarse la abolición de las sanciones y todavía vivió el conflicto de Etiopía, comenzaba la agresión italiana contra nuestro país. Y no sólo esto. España, lo mismo bajo la monarquía que bajo la República, se ha mantenido fiel al sistema de equilibrio y de «statu quo» en la Europa occidental y en el Mediterráneo; equilibrio basado en la hegemonía británica y la libertad de comunicaciones marítimas de Francia con su imperio de África. No nos ligaba a este sistema ningún pacto, ni público ni secreto, ninguna alianza, ningún tratado. Pero era la consecuencia natural de nuestro estado interior, de nuestra posición en el mapa de Europa. Trastornarlo, habría supuesto un esfuerzo gigantesco en el orden militar, completamente desproporcionado a los recursos del país y sin nada que ver con su conveniencia fundamental.

El sacrificio de España por la paz del mundo

Tales han sido los crímenes de la República en el orden internacional. Cuando los Gobiernos de España fueron a presentar sus reclamaciones y sus alegaciones donde debían—y no sólo a Ginebra—, todos sus proyectos propuestos o solicitados o requeridos por el Gobierno español fracasaron. Y, ¿por qué? La tesis consiste en decir que el dar paso a las reclamaciones del Gobierno español, por justas que sean, habría producido la guerra general. Nunca he podido admitir la realidad de esta tesis. No se puede admitir, no en el orden teórico, sino en el orden de hecho tal como están situados los factores políticos en Europa; no se puede admitir que el mantenimiento sereno y digno de las obligaciones pactadas fuese, a producir un conflicto internacional. Opinión que, dicha por mí, podía parecer interesada; pero en ella me acompañan eminentes estadistas extranjeros que han tenido sobre sí la responsabilidad del poder en sus países durante los días más agudos de la crisis, y opinan lo mismo.

Es, por otra parte, calumnioso y desatinado afirmar que el Gobierno, éste u otro, de la República, ha buscado, ha deseado nunca una guerra general para disolver en ella nuestro problema nacional.

Sería una táctica equivocada atosigar a los demás, con los peligros que corren con una u otra política. Es impertinencia tratar de explicar a los demás en qué consiste su interés nacional. Ya ellos lo saben bien de sobra. Sería pueril creer que la política internacional de un país puede fundarse, no ya exclusivamente, pero ni siquiera principalmente en la semejanza o diferencia de los regímenes políticos.

La política internacional de un país está determinada por datos inmutables o de muy difícil mudanza, y por debajo de los regímenes políticos, hay valores de otro orden que la rebasan y que, en realidad, la subyugan. Me excuso de poner ejemplos del exterior que son bien palpantes y están en la noticia de todos. Basta volver la vista a nuestro país. La República ha hecho la misma política internacional que la monarquía y por iguales razones. Pero dentro de esto y dejando a salvo el interés nacional de cada cual como lo entienden, es innegable que existen contactos, repercusiones probables, interferencias que forman parte de aquel mismo interés nacional y que constituyen el terreno común para una inteligencia en favor de la paz y la protección de la independencia de cada uno.

Así entendido el problema, todo lo que los Gobiernos de la República han hecho sobre el particular no ha rebasado nunca los límites decentes que la discreción exterior impone. Y es absolutamente absurdo suponer que nadie con responsabilidad en la República española ha tenido el pensamiento ni el deseo ni la intención de zafarse del conflicto nuestro interior provocando una conflagración europea. Contra semejante dislate militan muchas razones: meses hace que expuse algunas. Militan todas las razones de humanidad, de prudencia humana y de sabiduría de la conducta en la vida que hay siempre contra cualquier género de guerra; milita, además, que los españoles ya tenemos bastante, y aún de sobra, con la guerra que estamos sufriendo, y sobre eso una consideración de orden político bastante clara. Si por causa de la guerra de España hubiese en Europa una conflagración general, la causa de España quedaría relegada a muy segundo término, y la solución que adviniera no tendría nada que ver, ni por casualidad, con los intereses fundamentales que nosotros representamos y defendemos. Es, por tanto, indispensable que se acallen las imaginaciones quiméricas que esperaban o temían actos de desesperación del Gobierno de la República. En primer lugar, aquí nadie está desesperado, y en segundo término, si las dificultades creciesen, todavía, sería desatinado remedio provocar una dificultad mayor y seguramente indominable.

Los hombres de mi generación recibimos, todavía en la adolescencia, la impresión del desastre de 1898. Huella terrible que, en ciertos aspectos, ha dominado toda nuestra vida pública. Hemos pasado cuarenta años escarneciendo aquella política, sin piedad para ella, sin tomar en cuenta ninguna de las excusas posibles que un político encuentra siempre para justificar su posición, y sería demasiado a estas alturas que tuviéramos que someternos a la cruel burla del Destino de cometer un dislate todavía más grande. Por mi parte, no podría resignarme a prestar una aparente aprobación, ni siquiera, con mi muda presencia, a ningún acto de ningún Gobierno que pareciese inspirado, directa o indirectamente, en el propósito de convertir la guerra de España en una guerra general.

Las tesis que han prevalecido en el exterior, entre los que se ocupan de nuestro problema, en cuanto al problema europeo, consisten en afirmar que es indispensable limitar la guerra de España y extinguir la guerra de España. Se entiende por limitar la guerra de España tomar aquellas precauciones y aquellas medidas que corten el peligro de conflagración general salido de nuestro problema, y por extinguir la guerra de España, la pacificación de nuestro país. He tenido ocasión de decir ya, meses hace, que limitar la guerra de España es obligación de los demás, porque no hemos sido nosotros quienes hemos extendido la guerra de España a los intereses de otras potencias; que incumbe a los demás limitar la guerra de España. Nosotros no tenemos medios de impedir que desembarquen en España los millares de hombres y los millares y millares de toneladas de material de guerra de Italia y Alemania. Incumbe a los demás limitar la guerra de España; extinguir la guerra de España incumbe a los españoles; pero les incumbe, les incumbirá cuando haya desaparecido de la Península el baldón de ignominia que supone la presencia de los ejércitos extranjeros luchando contra los españoles; antes, no. Para limitar la guerra de España, secundando aquella iniciativa exterior y desmintiendo una vez más los supuestos propósitos de los Gobiernos españoles favorables a una conflagración general, la República ha consentido sacrificios inmensos, sacrificios en su interés, sacrificios en su derecho. A todo lo largo de la lamentable historia de la política de No Intervención, está siempre el sacrificio de la República y de los Gobiernos republicanos. Del valor moral, de la energía cívica, de la perspicacia política que haya en el fondo de la política de No Intervención, la Historia juzgará; pero nosotros estamos autorizados para decir desde ahora que, sin dudar de las buenas intenciones de los demás, tal co-

mo ha funcionado y funciona la política de No Intervención, ha parecido el único que no tenía derecho a intervenir en la guerra de España era el Gobierno español. (*Muy bien*). Producto de esa tesis y órgano de esa política es el Comité de Londres y su acuerdo reciente, que todos conocemos. Pero las potencias signatarias del acuerdo de la No Intervención han llegado a bar un texto en virtud del cual, con estos o los otros métodos, se retiraron. En ning España estos que llaman los voluntarios extranjeros. Hace un año por un texto aproximadamente igual no pudo ser aprobado en Londres, mente que no por culpa del Gobierno de la República, y yo considero ese texto se hubiera aprobado el año anterior, a pesar de todas las y disquisiciones que puedan ponerse en su ejecución, ya estaría España pacificada. Porque si hace falta limitar la guerra y extinguir la guerra y para cada cual es un deber distinto, yo añado ahora que limitar la guerra España, si en efecto se limita, es extinguirla, porque la guerra en España única y exclusivamente mantenida por la invasión extranjera.

«¡Que se vayan los invasores de España!»

¿Qué vale el acuerdo de Londres? Es por de pronto de mala fe la actitud de España frente a ese acuerdo. En primer lugar, el Gobierno República no tiene que pedir permiso a nadie para aceptarlo o para rechazarlo; y en segundo término, el Gobierno de la República, que mantiene de que el conflicto español debe quedar reducido, como siempre lo ha estado, a un conflicto interno, no puede negar paso a las medidas que tengamos propósito de darle una más o menos remota realidad.

Es bueno que se sepa que, ya en Septiembre del 36, no faltó quien se mendase y señalase ese camino, sin resultado, y que desde entonces Gobiernos, unas veces en Ginebra, otras veces en Londres o donde lo han dado hacer, han insistido continuamente, reclamando una solución en este particular. Nunca hemos pedido otra cosa. El Gobierno podrá hacer las salvedades de principio, de realización, criticar o pedir aclaraciones, modificar o los otros puntos; pero, en el fondo del asunto nuestra voluntad y la voluntad del Gobierno es de sobra conocida: que se vayan los invasores de España, y nos resignaremos a que se vayan los hombres que, voluntariamente de verdad, han venido a defender la República, pero ¡que se vayan! La República y la paz de España habrían dado entonces un paso de gigante.

Yo no sé si se cumplirá o no; no tengo noticias de lo que ocurre en los conditos despachos donde los diplomáticos cuchichean; pero, si de verdad quiere alejar de Europa el peligro de la guerra y si de verdad se quiere sacar a España, no hay sino cumplir a fondo, rápidamente y con lealtad el acuerdo de Londres.

Y añadido, pensando no ya como español, sino como europeo, que el signe locura, desvarío o irresponsabilidad aplastante, dejar que el porvenir Europa esté pendiente de la suerte de las armas en la Península.

En rigor, si los españoles quisieran dar muestras de su carácter y de su alta altivez de que, con tanta frecuencia, y no siempre con razón, blasona el Comité de Londres no haría falta para nada porque serían los mismos españoles, por fin alumbrados acerca de en qué consiste su verdadero interés, que harían reemprender el camino de su patria a los invasores de España.

El Comité de Londres, delante de un problema europeo presente y presente, toma los caminos, las determinaciones, propone los métodos que considera útiles para resolverlo o para evitar ese conflicto; pero el Comité de Londres no se cura, ni tiene por qué, del prestigio y de la honra de los españoles. Y no se puede negar que el acuerdo del Comité de Londres es un dón bochornoso para nuestro país porque viene a rectificar, a corregir y se puede, todavía a enmendar, la inconcebible locura de haber traído a la patria un poderío extranjero. Que sea necesario corregir desde fuera las faltas de otros españoles, aunque sean enemigos nuestros, me avergüenza.

A los españoles que han favorecido y aprovechado la invasión extranjera se les dice, para consolarlos, que esa invasión, con todas sus incalculables consecuencias, que todavía no se han puesto a luz del todo, es la piedra angular en que se ha de fundar el nuevo Imperio español. ¡Fantástico Imperio! Si un Imperio español fuese posible y deseable, que no lo es, no bastaría el cretarlo en una Gaceta Oficial o en unas arengas políticas. ¡Y sería un singular Imperio que, para nacer, comienza echándose a los pies de sus amigos valedores, dejándose aherrar por ellos! Cuando los españoles de talla gigante fundaban Imperios de verdad, no traían a los extranjeros a pelear contra su propio país. Cuando la Corona de España aspiraba y casi conseguía el dominio universal, los españoles iban a guerrear a la Lombardía y a Nápoles saqueaban a Roma, ponían preso al Papa, sojuzgaban a los italianos, seguramente sin ningún derecho y con excesiva dureza, pero los sojuzgaban, y no les ocurría traer a los italianos a España a matar españoles en las orillas del Tajo y del Ebro a título de la fundación del Imperio español. (*Aplausos*). Yo me pregunto si a todos los colaboradores de la invasión extranjera o a los que la padecen—que hay muchos que la padecen—, cuando vean las ciudades arrasadas y los españoles muertos a millares por obra de las armas extranjeras, se consolarán de su dolor de españoles pensando: «Es el Imperio que se pone.» ¡Triste consuelo! Caso como este no tiene semejanza en la historia temporal de Europa. Para encontrar algo que se le parezca, hay que recurrir a las guerras civiles del siglo XVI y del siglo XVII, en que, so capa de religiosa, se disputaban realmente el predominio político sobre el Continente. Entonces, los españoles, soldados de un Imperio, hacían en Francia exactamente el mismo papel que hacen ahora en España los alemanes y los italianos, pero a los ligeros católicos franceses que cooperaban con los ejércitos invasores de España en Francia, no se les ocurría decir que estaban fundando un Imperio francés, y entonces el sentimiento de patriotismo, la moral del patriotismo y los dictados de sentimiento nacional no estaban en el punto a que en la edad moderna han llegado; los motivos eran otros, y cuando tanto el francés como cualquier otro de Europa se constituyó, se constituyó precisamente contra nosotros, no en favor de nosotros. El día que un rey francés a costa de oír una misa, recobró su capital, el ejército español, que guarnecía París, abandonó la ciudad, tambor batiente, banderas desplegadas, y el Enrique que los veía salir, les dijo: «Señores españoles, encomendadme a vuestro amo, pero no volváis más.»

ha parecido Este sentimiento ¿no estallará en el alma de los españoles que se crean patriotas y que crean estar alentados por un espíritu nacional, cuando hace ya de tres siglos un rey francés lo profirió pensando en la libertad de su pueblo? Nosotros sí lo sentimos, sí lo pensamos.

Para nosotros la salida de los invasores de España es una cuestión de honra. En ninguna lengua del mundo se dice con tanta rotundidad; una cuestión de honra. (Muy bien). Creemos que debe serlo para todos y, por tanto, una cuestión previa, porque ninguna nación puede vivir decorosamente ni tie- considero que derecho al respeto ni a la amistad de los demás, si ha perdido la honra y las libertades.

Las otras fases por que ha ido pasando el problema de España, o están agotadas, o están agotadas. Me refiero, claro está, al pronunciamiento inicial y la guerra civil de que aquel pronunciamiento fué señal. Es un hecho indiscuti- ble que el pronunciamiento militar fracasó; fracasó a las 48 horas, y estos dos años en que el poderoso concurso en hombres y material —más importante quizá el del material que el de los hombres— de Alemania y de Italia y la numerosa presencia de la morisma, no han bastado para derrocar por la fuerza la República, están probando qué habría sido del pronunciamiento y de la guerra civil subsiguiente sin el auxilio exterior.

Esto es una afirmación o una condolencia vana y puramente teórica, por- que está preñado de consecuencias de orden político. La guerra civil está ago- tada, no porque hayan arriado las banderas ni porque hayan suscrito nuestra tesis o nuestros puntos de vista políticos sobre la mejor manera de gobernar nuestro país, no; está agotada por efecto de la experiencia terrible de estos dos años.

El "chantaje" del peligro comunista

En la base del ataque armado contra la República, había, entre otros, unos errores que conviene señalar. Había, en primer término, un error de información, resultado y explotado por la propaganda; el error de creer que nuestro país estaba en vísperas de sufrir una insurrección comunista. Todos sabemos el origen de aquella patraña. Es un artículo de exportación de Alemania e Italia, que sirve para encubrir empresas mucho más serias. ¡Una insurrección comu- nista el año 36! ¡Cuando el Partido Comunista era el más moderno y menos numeroso de todos los partidos proletarios; cuando en las elecciones de fe- brero los comunistas habían obtenido, incluso dentro de la coalición, diez y siete actas, que representan menos del cuatro por ciento de todos los sufra- gios emitidos en aquella ocasión en España! ¿Quién iba a hacer esa revoluc- ción? ¿Quién la iba a sostener? ¿Con qué fuerzas, suponiendo, que ya es su- poner, que alguien hubiera pensado semejante cosa? La lógica hubiera presu- nido que ante una amenaza de este tipo o de otro semejante contra el Estado republicano y contra el Estado español, que no era comunista, ni estaba en vísperas de serlo, de alto abajo, ni en los costados, todas esas fuerzas políticas y sociales amedrantadas por esa supuesta amenaza, se hubieran agrupado en torno del Estado para defenderlo, hubieran hecho el cuadro en torno suyo, por- que al fin y al cabo era un Estado burgués; pero, lejos de eso, lo cual prueba la falsedad de la tesis, en lugar de defenderlo lo asaltaron. Un error, además, sobre el verdadero estado del país, que no en vano venía siendo trabajado, no desde la República, sino desde 1917, y si se me apura un poco, desde co- mienzo del siglo, por una profundísima corriente de transformación política. derivado de este error, otro todavía más grave: el error de suponer que el pueblo español, atacado por sorpresa, no sabría ni podría ni querría defen- derse. Estos errores sirvieron de base, de incentivo, al móvil inmediato, al móvil inmediato confesable, que era defender los intereses, respetables sin duda, que se suponían amenazados por una revolución bolchevique. Y las pa- siones que azuzaban esto, triste es decirlo, no eran sino el odio y el miedo, que han cavado en España un abismo que se va colmando de sangre españo- la y el resorte original, la intolerancia castiza, la intolerancia fanática. El ene- migo de un español es siempre un español. Al español le gusta tener libertad y goce de la misma libertad, y piense y diga lo contrario de lo que él creía.

Conjugados todos estos elementos, se produce el alzamiento y ataque a la República y, en vez del triunfo fácil, del triunfo alegre de los agresores —penoso únicamente para los agredidos—, estalla una ca- tástrofe nacional, que no tiene precedente en la Historia de España, con to- das las consecuencias de orden político y económico, fácilmente previsibles, y que no dejaron de ser previstas para cuando se produjera un ataque contra la República. Y ya estáis viendo, ¿verdad? el cuadro: el triunfo... en las nubes; cientos de miles de muertos; ciudades ilustres y pueblos humildísimos, desaparecidos del mapa; lo- tos del aborreo nacional, convertido en humo; los odios, enconados has- ta la perversidad; hábitos de trabajo perdidos; instrumentos de trabajo, des- truidos; la riqueza nacional, comprometida para dos generaciones. Y los que, con esta operación, deseándola, preparándola, sirviéndola, pen- saron poner a salvo esta u otra parte de su riqueza o de su interés, han ave- riguado ya que, merced a su operación, han sufrido lesiones, en el orden ma- terial y en el orden moral, mucho mayores que las que hubieran podido so- bervenirles de la República, aunque la República hubiera sido revolucionaria y no moderada y parlamentaria como realmente era.

El daño ya está causado; ya no tiene remedio. Todos los intereses nacio- nales son solidarios, y, donde uno quiebra, todos los demás se precipitan en su ruina, y lo mismo le alcanza al proletario que al burgués; al repu- blicano que al fascista; a todos igual. Durante cincuenta años, los españoles han sido condenados a pobreza estrecha y a trabajos forzados si no quieren ver- tiginosa la necesidad de sustentarse de la corteza de los árboles. Y el proletario que percibiera o perciba un salario de veinticinco pesetas, será más pobre que el que percibía uno de cinco o seis, y el millonario de pesetas se contentará con ser millonario de perra chica o de céntimo todo lo más. Esto ya no tiene remedio. Añádase a eso la empresa de desnacionalización, la empresa de hispanización, aneja e inherente a la presencia de los Gobiernos y de las tropas extranjeras en España, la cual empresa no se caracteriza ni se denota

principalmente en el orden militar, ni siquiera en el orden político o interna- cional, con ser tan grave. Donde se denota y se muestra la guerra clavada im- placablemente en lo más vivo del ser español es en el orden económico. Las sumas gastadas por Italia y Alemania en España no las perdonarían; ni los es- fuerzos hechos; ni abandonarían las posiciones tomadas, y, si los planes de los agresores se realizasen, durante dos o tres generaciones lo más fructífero del trabajo español iría a las arcas de Roma y de Berlín, para quienes estarían tra- bajando los españoles, como les ocurrió a algunas de las naciones vencidas en la Gran Guerra hasta que se declararon en quiebra, porque España en esas condiciones sería una nación vencida y sojuzgada.

Por esto, afirmo, que muchos, cuando no todos, de los que han calentado y sustentado la guerra civil en España y todavía la sostienen, descubren ahora que en la guerra han comprometido y perdido mucho más de lo que imagina- ban comprometer o poder perder. ¡Y cuántos, cuántos, y no de los menores, darían ahora algo bueno por volver al mes de junio de 1936, y lo pasado, pasado, y que se borrara esta pesadilla y, sobre todo, que se borrara la responsabilidad de haberla desencadenado! La guerra civil está agotada en sus móviles porque ha dado exactamente todo lo contrario de lo que se proponían sacar de ella, y ya a nadie le puede caber duda de que la guerra actual no es una guerra contra el Gobierno, ni una guerra contra los Gobiernos republicanos, ni siquie- ra una guerra contra un sistema político: es una guerra contra la nación espa- ñola entera, incluso contra los propios fascistas, en cuanto españoles, porque será la nación entera, y ya está siendo, quien la sufra en su cuerpo y en su alma.

Yo afirmo que ningún credo político, venga de donde viniere, aunque hu- biese sido revelado en una zarza ardiendo, tiene derecho, para conquistar el poder, a someter a su país al horrendo martirio que está sufriendo España. La magnitud del dilata, el gigantesco error, se mide más fácilmente con una con- sideración menos dramática, casi vulgar. Hace dos años que empezó este dra- ma, motivado aparentemente en el orden político por no querer respetar los resultados del sufragio universal en el mes de febrero del 36. Han pasado dos años. Y cabe discurrir que, con la fugacidad de las situaciones políticas en Es- paña y con las fluctuaciones propias de las instituciones democráticas y de las variantes de la voluntad del sufragio popular, si en vez de cometer esta locu- ra, se hubiera seguido en el régimen normal, a estas horas es casi seguro que estaríamos en vísperas de una nueva consulta electoral, en la cual todos los españoles libremente podrían probar sus fuerzas políticas en España. ¿Qué negocio ha sido éste de desencadenar la guerra civil en España?

Restauración de las verdades permanentes

Si convierto ahora la mirada a otros puntos del horizonte, es de advertir, hablando siempre con la misma lealtad, que en cuanto el Estado republicano y la masa general del país se repusieron del aturdimiento, de la conmoción cau- sados por el golpe de fuerza, empezaron a reanudarse aquellos vínculos que la espada cortó. Y ciertas verdades, que habían sido inundadas por el aluvión, volvieron a ponerse a flote y a entrar en nueva vigencia, y, por fortuna, hoy nadie las desconoce; por fortuna, porque no se pueden infringir impunemente. Destaco entre ellas que todos los españoles tenemos el mismo destino, un des- tino común, en la próspera y en la adversa fortuna. Cualesquiera que sean la profesión religiosa, el credo político, el trabajo y el acento. Y que nadie puede echarse a un lado y retirar la puesta. No es que sea ilícito hacerlo: es que, además, no se puede. Que el Estado, en sus fines propios es insustituible, y no hay Estado, digno de este nombre, sin sus bases funcionales, cuales son el orden, la competencia y la responsabilidad; que no puede fiarse nada a la in- disciplina ni al arbitrio personal, ni confiarse nada a la improvisación, como no se quiera decir que improvisación es hacer pronto y bien las cosas que la torpeza o la desidia hacían tarde y mal; fuera de ello, en la vida no se im- provisaba nada, y cuando se habla de improvisación se dice un vocablo vicioso o vacío, y cuando la improvisación se confunde con el arbitrio, se cosechan tonterías, novatadas y fracasos. Y por último, que nuestra guerra, tal como no- sotros la entendemos y padecemos, es una guerra de defensa y su justificación única reside, precisamente en la defensa del derecho estatuido para garantía de la libertad de toda la nación y de la libertad política de sus miembros, sin que sea lícito anteponer al fin único de la guerra fines secundarios, ni hacer desviar hacia ellos la guerra misma, por respetables y venerables que sean esos fines.

Muchas veces, o si no muchas, algunas, me he hecho intérprete de estas verdades ante el público en general. Hace más de año y medio, en aquellos días rudísimos, cuando la política y la guerra conjugaban su silueta sombría, alcé la voz en Valencia para recordar a todos, con aprobación del Gobierno, que el Estado republicano sostiene la guerra porque se la hacen, que nuestros fines de Estado eran restaurar en España la paz y un régimen liberal para to- dos los españoles; que nosotros no soportaremos ningún despotismo ni de un hombre, ni de un grupo, ni de un partido, ni de una clase; que los españo- les somos demasiado hombres para someternos, calladamente, a la tiranía de la pistola o a la sinrazón de la ametralladora; que en la guerra no se ventila una cuestión de amor propio; que el triunfo de la República no podría ser el triunfo de un caudillo ni de un partido, sino el triunfo de la nación entera, restaurada en su soberanía y en su libertad. Sin amor propio, porque en una guerra civil —yo lo digo desde lo más profundo de mi corazón— no se triunfa personalmente sobre un compatriota.

Y más tarde, también en Valencia, me levanté para decir que no es acep- table una política cuyo propósito sea el exterminio del adversario, exterminio ilícito y, además, imposible, y que si el odio y el miedo han tomado tanta parte en la incubación de este desastre, habría que disipar el miedo y habría que sobresanar el odio, porque por mucho que se maten los españoles unos con- tra otros, todavía quedarían bastantes que tendrían necesidad de resignarse —si este es el vocablo— a seguir viviendo juntos, si ha de continuar viviendo la Nación.

Y hablando en Madrid al Ejército, que defiende la capital, un Ejército es- pañol, como todos los nuestros, les dije, sacando a la luz su más íntimo sentir, corroborado por las lágrimas y por los aplausos de aquellos valientes solda- dos, que estaban luchando en causa propia, que se identificaban con la causa

nacional, y que luchaban por su libertad, pero también por la libertad de los que no quieren la libertad. Y ellos lo aceptan y lo saben. Esta es la grandeza inconfundible del Ejército español, del Ejército de la República, el Ejército que es ahora verdaderamente la Nación en armas, en cuyas filas tanto el burgués como el proletario, tanto el intelectual como el manual, luchan y mueren juntos y aprenden a conocerse y a saber que por encima de todas las diferencias de clase y por encima de todos los contrastes de teorías políticas, está, no sólo la indomable condición humana que a todos nos iguala, sino la emoción de ser españoles, que a todos nos dignifica. (Aplausos).

Este Ejército que, con su tesón, con su espíritu de sacrificio, con su terrible aprendizaje está formando y ha formado el escudo necesario para que entretanto la verdad y la justicia se abran paso en el mundo, forja con sus puños y calienta con su sangre el arquetipo de una nación libre. Su causa, por española que sea, tiene una repercusión en todo el mundo. Hacia estos combatientes va no sólo nuestra admiración, sino nuestro profundo respeto. Tejedor con vuestro aplauso la corona cívica que merece su ejemplar ciudadanía. (Gran ovación.)

Ellos forjan el porvenir y yo del porvenir no sé nada. El papel de profeta no me cumple. Y como, además, estoy en mi patria, no quiero forzar la veracidad del adagio. Del porvenir ha hablado el Gobierno, y está más en su función. Hace pocas semanas, el Gobierno de la República ha promulgado una declaración política que ha hecho bastante ruido, y yo lo celebro. En esa declaración política, lo que yo encuentro es la pura doctrina republicana—yo nunca he profesado otra—, y al prestarle mi previo asentimiento a esa declaración sin ninguna reserva, no hice más que remachar y repasar todos mis pensamientos y palabras de estos años. Para llenarla de contenido cada día más, para realizarla a fondo, no deben ponerse obstáculos al Gobierno, a este o a otro Gobierno que sustente la misma doctrina. Y es de advertir que no puede haber ningún Gobierno que no la sustente. En esa declaración, hablando del porvenir, el Gobierno alude, más que alude, nombra expresamente la colaboración de todos los españoles el día de mañana después de la guerra en la obra de reconstrucción de España. Ha hecho bien el Gobierno en decirlo así. La reconstrucción de España será una tarea aplastante, gigantesca, que no se podrá fiar al genio personal de nadie, ni siquiera de un corto número de personas o de técnicos; tendrá que ser obra de la colmena española en su conjunto, cuando reine la paz, una paz que no podrá ser más que una paz española y una paz nacional, una paz de hombres libres, una paz para hombres libres. (Muy bien). Y entonces, cuando los españoles puedan emplear en cosa mejor este extraordinario caudal de energías que estaba como amortiguado y que se ha desparamado con motivo de la guerra; cuando puedan emplear en esa obra sus energías juveniles que, por lo visto, son inextinguibles, con la gloria duradera de la paz, substituirá la gloria siniestra y dolorosa de la guerra. Y entonces se comprobará una vez más lo que nunca debió ser desconocido por los que lo desconocieron: que todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo. Ahí está la base de la nacionalidad y la raíz del sentimiento patriótico, no en un dogma que excluya de la nacionalidad a todos los que no lo profesan, sea un dogma religioso, político o económico. ¡Eso es un concepto islámico de la Nación y del Estado! Nosotros vemos en la Patria una libertad, fundiendo en ella, no sólo los elementos materiales de territorio, de energía física o de riqueza, sino todo el patrimonio moral acumulado por los españoles en veinte siglos y que constituyen el título grandioso de nuestra civilización en el mundo.

Hacia la reconstrucción de España. ¡Por la Paz!

Habla de reconstitución el Gobierno. Y, en efecto, reconstitución será en todo aquello que atañe al cuerpo físico de la nación: a las obras, a los instrumentos de trabajo, etc.; pero hay otro capítulo, en otro orden de cosas, en que no podrá haber reconstrucción; tendrá que ser construcción desde los cimientos, nueva. Y esto, por motivos, por causas que no dependen de la voluntad de los hombres ni de los programas políticos, ni de las aspiraciones de nadie. En primer lugar, la conmoción que ha producido la guerra, echando por el suelo todas las convenciones sociales en vigor, no me refiero a las convenciones de tipo jurídico, sino a las convenciones de la vida social, del trato entre hombres; echándolas por el suelo y poniendo a cada cual en el trance terrible de optar entre la vida y la muerte. Todo el mundo, altos y bajos, han mostrado ya, sin disfraz, lo que llevan dentro, lo que realmente son, lo que realmente eran. De suerte que hemos llegado, por causas no precisamente de las operaciones militares, sino de toda la conmoción que ha producido y produce la guerra, a una especie de valle de Josafat, como después del acabamiento del mundo, en el que nadie puede engañarse ni

engañarnos: todos sabemos ya quién éramos todos. Muchos se engrandecido; otros, y no pocos, se han envilecido. ¡Dichoso el que muere antes de haber enseñado el límite de su grandeza! Muchos no han muerto, desgracia para ellos. (Muy bien, grandes aplausos.) Esta situación de moral creará en el porvenir de España una situación, digamos, incómoda, que, en efecto, es difícil vivir en una sociedad sin disfraz, y cada cual teniéndose delante ese espejo mágico, donde ya no se verá con la fisonomía del mañana sino donde, siempre que se mire, encontrará lo que ha sido, lo que ha hecho y lo que ha dicho durante la guerra. (Muy bien, muy bien.) Y nadie lo puede olvidar, no por espíritu de venganza, sino como no se pueden olvidar los rasgos de la fisonomía de una persona.

Además de este fenómeno, de muchas y muy dilatadas y profundas consecuencias, como probará el porvenir; además de este fenómeno de orden psicológico y moral respecto de las personas, hay otro mucho más importante. Nunca ha sabido nadie ni ha podido predecir nadie lo que se fundará una guerra (nunca! Las guerras, sean o no exteriores y, sobre todo, las guerras civiles, se promueven o se desencadenan con estos o los otros programas con estos o los otros propósitos, hasta donde llega la agudeza, el ingenio, el talento de las personas; pero jamás en ninguna guerra se ha podido descubrir desde el primer día cuáles van a ser sus profundas repercusiones en el orden social y en el orden político y en la vida moral de los interesados en la guerra. Conste que la guerra no consiste solo en las operaciones militares, ni en los movimientos de los ejércitos, ni en las batallas. No; eso es el signo y la demostración de otra cosa mucho más profunda y más vasta y más grande; es el signo de dos corrientes de orden moral, de dos oleadas de sentimientos de dos estados de ánimo que chocan, que se encrespan, que luchan el uno contra el otro, y de los cuales se obtiene una resultante que nadie ha podido nunca calcular. Nadie, nunca.

Guerras emprendidas para imponer en el mundo la unidad dogmática han producido la proclamación de la libertad de conciencia en Europa y el estatuto político de los países disidentes de la unidad católica; guerras emprendidas para imponer la monarquía universal, han producido el levantamiento liberal, entre otros del pueblo español; guerras emprendidas para abatir un militarismo, lo han dejado más vivo, lo han hecho retoñar más vigoroso y lo han hecho triunfar una revolución social. Nuestras propias guerras son ejemplo de lo que digo. Y no me refiero tampoco a la estructura política ni a las consecuencias o a los decretos que vayan a hacer los Gobiernos de mañana. No, es eso; es la conmoción profunda en la moral de un país, que nadie puede constreñir y que nadie puede encauzar. Después de un terremoto, es difícil conocer el perfil del terreno. Imaginad una montaña volcánica, pero apagada, en cuyos flancos viven, durante generaciones, muchas familias pacíficas. Un día, la montaña entra de pronto en erupción, causa estragos y cuando la erupción cesa y se disipan las humaredas, los habitantes supervivientes miran a la montaña y ya no les parece la misma; no reconocen su perfil, no reconocen su forma. En la misma montaña, pero de otra manera, y la misma materia en fusión que expele el cráter cuando cae en tierra y se solidifica, forma parte del perfil del terreno y hay que contar con ella para las edificaciones del día de mañana.

Este fenómeno profundo, que se da en todas las guerras, me impide hablar del porvenir de España en el orden político y en el orden moral, porque es un profundo misterio, en este país de las sorpresas y de las reacciones inesperadas, lo que podrá resultar el día en que los españoles, en paz, se pongan a considerar lo que han hecho durante la guerra. Yo creo que si de esa acumulación de males ha de salir el mayor bien posible, será con este espíritu y desventurado el que no lo entienda así. No tengo el optimismo de un Péguy ni voy a aplicar a este drama español la simplísima doctrina del adagio de que «No hay mal, que por bien no venga.» No es verdad, no es verdad. Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la experiencia del escarmiento, el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acuerden, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la Patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón. (Grandes aplausos.)



EL "MENDEZ NUÑEZ"

Termina la visita... y el reportaje

Nuestro trabajo periodístico, ha tocado ya a su fin. Antes de despedirnos de tan buenos amigos, hacemos un ligero recorrido por el barco. Ya todo el personal franco, se dispone también a saltar a tierra, cumplida la jornada de hoy.

Unos apretches de manos, y ya estamos en la lancha que ha de devolvernos al muelle. Hasta «Trotsky», el simpático perro de abordaje, ha querido hacernos objeto de su mayor atención, tomando asiento y acompañándonos en el regreso.

Atrás, mecido blandamente por las aguas, va quedando ya el «Méndez Núñez», el viejo y glorioso crucero de nuestra Flota.

El Comisario

Político ha dicho:

«Luchamos hoy, y lucharemos siempre que preciso fuere, para que la legalidad republicana, dominando a la fuerza irrazonable, conceda a nuestros nietos la felicidad sustraída ya, incluso a nuestros hijos.»

DIVULGACION

Preservación y defensa contra los nuevos medios de guerra: ataque por ingenios explosivos e incendiarios

Por A. M.

I

En el transcurso de la última guerra, los ejércitos se combatieron por medio de armas químicas; y es cierto que a fines de la guerra, la proporción de obuses tóxicos disparados en el campo de batalla había llegado a ser considerable. No obstante, entonces la «guerra química» no era la que predominaba; los ejércitos empleaban sobre todo proyectiles e ingenios explosivos. La población civil, de ser atacada como los ejércitos,

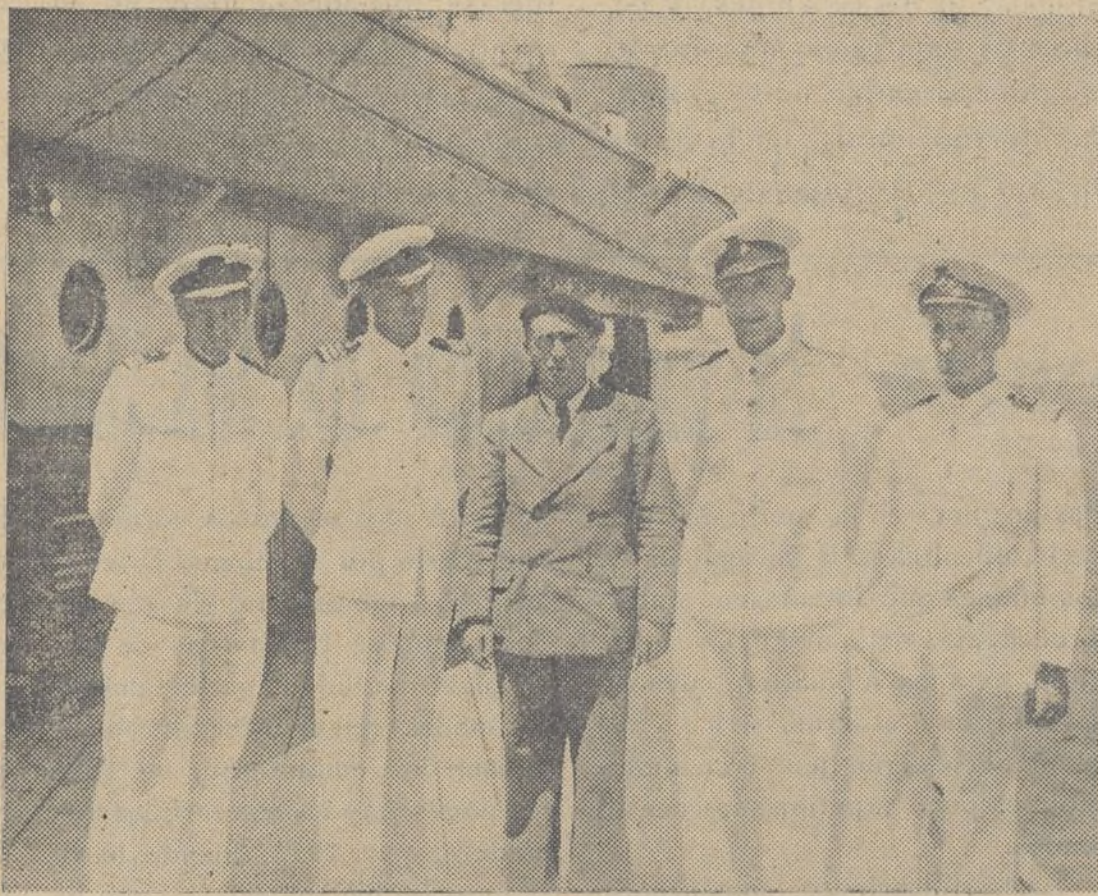
ANECDOTA

Conocidísima es esta anécdota. En mayo de 1937, el crucero, fué pintado de tal modo, que la parte de proa, con la primer chimenea inclusive, aparecía de un color distinto a la parte de popa.

El «camuflage» hecho al barco, daba totalmente la impresión, visto de lejos, de ser dos unidades.

Un buen día, el faccioso Queipo de Llano, a voz en grito, desde la Emisora sevillana, exclamó:

—Sí, sí; ya me he enterado que los «rojillos» han convertido al «Méndez Núñez» en dos: el crucero «Méndez» y el destructor «Núñez».



El compañero Zugasti,

es uno de los marineros de a bordo, muy destacado por su carácter retraído y taciturno. En las horas francas, se hace invisible para todo el mundo. Pero en los casos de alarma, ¡ah!, entonces, sin saber cómo, aparece inopinadamente, de los primeros, en lo alto del cañón antiaéreo, de uno de los cuales es apuntador vertical.

seguramente no lo sería sólo por medio del arma química, sino también—y tal vez en primer término—por otros procedimientos de combate. Los principales son el empleo de ingenios explosivos e incendiarios, que tanto pueden ser lanzados por medio de la artillería, como,

y sobre todo, desde lo alto de los aviones y aeronaves.

Ingenios empleados.—No es necesario insistir en explicar en qué consisten los ingenios explosivos e incendiarios (obuses, bombas, torpedos). Son suficientemente conocidos. Es evidente que la gravedad del ata-

que con estos ingenios depende de dos factores: la potencia de los ingenios y la intensidad del ataque. Nos precisa, pues, considerar sucesivamente la *calidad* y la *cantidad* de los ingenios que pueden lanzarse sobre una población.

Ingenios explosivos.—El efecto destructor de estos ingenios, los destrozos que producen y la mortalidad que pueden causar, dependen de la cantidad de explosivos que contienen, de su fragmentación posible y de su potencia de penetración. Durante la última guerra, se lanzaron obuses por medio de cañones de gran alcance. También se lanzaron desde los aviones y las aeronaves pequeñas bombas de diez kilos, susceptibles de fragmentarse en numerosas astillas y alcanzar a muchas personas. Por otra parte, se lanzaron de la

El Comandante

nos ha dicho:

«A más de ser auténticamente españoles los que nos hemos opuesto al triunfo de la ilegalidad, podemos considerarnos humanos como nadie, al no practicar métodos de guerra que repugnan a toda conciencia honrada».

misma manera bombas muy grandes de un peso de muchos centenares de kilos, organizadas de manera que no debían estallar sino después de haber tocado directamente al suelo, e incluso al tocar al suelo después de haber atravesado, por ejemplo, una casa de muchos pisos. En este caso, el estallido provocaba la demolición completa de la casa. Los técnicos suponen que actualmente es posible construir semejantes bombas hasta de mil kilos de explosivos. Una bomba de este calibre pulverizaría edificios enteros.

Ingenios incendiarios.—En el transcurso de la última guerra, estos ingenios fueron poco utilizados, pero han sido bien estudiados. A fines de la guerra ya

(Continuará)

CUADERNO DE BITACORA

H E C H O S

La guerra ofrece, como la vida, ciertas alternativas. Juzgarla por estas crisis de crecimiento o depresión, es grave error, en que incurre la generalidad de las gentes. Lo normal, lo lógico y objetivo, lo que da una perspectiva exacta del fenómeno bélico, no es la asimilación de los hechos esporádicos, sino el juicio sereno de lo que pudiéramos llamar su «estado medio». Para ello—lo hemos repetido muchas veces—hay que desprenderse en absoluto de dos estados psicológicos contradictorios e igualmente perturbadores: el pesimismo y el optimismo. La verdadera fórmula del enjuiciamiento sereno de los hechos, lejos de arrebatar por cualesquiera de ambos estados

—optimista o pesimista—, los conjugaría perfectamente, y nos serviríamos, así, del optimismo, en cuanto al «fin»—la victoria—y del pesimismo, en cuanto a la evaluación de los medios y circunstancias de la guerra. Tendríamos, de esta forma, una fe decisiva en el triunfo, y nos acostumbraríamos a juzgar los hechos de todos los días por su aspecto peor, a fin de acostumbrarnos a la adversidad, para mejor soportarla y vencerla.

Mas, semejante actitud ideal frente a las circunstancias, no responde al temperamento apasionado de los españoles, y hemos de conformarnos simplemente con evitar en lo posible, la interrupción del juicio de los hechos por la presencia de cual

quier estado emocional que deforme nuestra visión.

La ofensiva facciosa—la más violenta ofensiva guerrera que la Historia podrá reseñar—está virtualmente fracasada. Llevan atacándonos los facciosos desde fines de diciembre del 37, después de la conquista de Teruel por las armas republicanas. Ciertamente, que en este período de tiempo los hechos de armas han sido frecuentemente adversos para la causa de la República popular, y que el área territorial afecta a España ha sido notoriamente mermada por las fuerzas invasoras. Pero, no es menos evidente que las grandes perspectivas de la invasión han fracasado en su total envergadura. La resistencia republicana,

lejos de disminuir, aumenta en cada jornada, y la reducción territorial que lamentamos, ha ocasionado, a su vez, una contracción de la resistencia, en el sentido de su cohesión y densidad, y, por consiguiente, de su fortalecimiento indubitable. Las grandes reservas del enemigo han sido esgrimidas, sin conseguir nuestro aniquilamiento, en las peores circunstancias que pudieran acompañarnos. La lógica nos permite suponer que difícilmente podrá ser derrocada la fortaleza republicana, al disminuir las fuerzas que la oprimen y aumentar las fuerzas que la sostienen.

Alejandro Rodríguez Seguí
Comisario Político del crucero
«Miguel de Cervantes»

2 FOLLETON de «LA ARMADA»

La expedición de los Dardanelos

por M. M.

(Continuación)

violento fuego enemigo, logrando salir nuevamente, sin causar daños al adversario y en condiciones sumamente difíciles, que acreditaron la pericia marinera de los atacantes.

Tres años más tarde, comenzó a tragedia que tanta sangre costara y no produjera el menor resultado positivo.

El 10 de agosto de 1914, vióse entrar en los Dardanelos a los cruceros germanos «Goeben» y «Breslau», perseguidos no de muy lejos por los cruceros del almirante inglés Milne, no pudiendo franquear estos el estrecho por cuanto a la entrada, un torpedero turco, vino a indicarles que ambos buques habían sido reconocidos por la Sublime Puesta y ostentaban el pabellón otomano.

El famoso estrecho que separa Asia de Europa fué llamado Helesponto por los antiguos y por los turcos Ak Deniz Boghazy, que quiere decir «estrecho del mar blanco»; tiene 67 kilómetros de largo, su anchura varía desde 1.600 hasta 1.350 metros y su profundidad oscila entre los 50 y los 60 metros. El desagüe de los caudalosos ríos que vierten sus aguas en el mar Negro, produce una fuerte corriente que alcanza hasta cinco mi-

llas por hora en la época del deshielo, dificultando la navegación de los buques que intentasen atacar, procedentes del mar Egeo y, sobre todo, para los submarinos cuya velocidad bajo el agua, si han de mantenerse algún tiempo en inmersión, es poco superior a los cuatro nudos.

Las fortificaciones, comenzando por el Egeo eran las siguientes: entre el cabo Helles y el cabo Yenisher, donde el estrecho tiene 5.500 metros, sólo existían primeramente las fortalezas de Sed-ul-Bahr (Barrera del mar) en la costa europea y Kum Kalé (Castillo de arena) en la asiática; los europeos solían denominar al primero «Castillo de Europa», el cual atesoraba algunas artísticas ruinas, habiendo sido construido por Mahomed II, nueve años después de la ocupación de Constantinopla por los turcos. En 1886 fué modernizado y armado con lo que se llamó «batería nueva de Sed-ul-Bahr» integrada por 11 piezas Krupp de calibres comprendidos entre 21 y 28 centímetros. Sobre ésta se construyó, en sustitución de una anticuada, otra batería, en la punta Eski Hissarlik, armada con dos Krupp de 26.

Enfrente, en la orilla asiática, surgía Kum Kalé, o Primer Casti-

llo de Asia según los europeos, construido por Mahomed IV en el año 1659, famoso un día por sus descomunales bombardas de una absoluta inutilidad, perfectamente entonadas con el orientalismo de los que las emplazaron; en 1886 fué convertido en una fortificación moderna y en 1912, cuando lo visitamos, se hallaba armado con 84 cañones, no muy modernos y algunos del sistema Paixhans, tan en boga en las últimas décadas del pasado siglo; en uno de sus flancos se alzaba la batería Orkanieh, armada con diez cañones de 15 centímetros.

Los Dardanelos pueden considerarse divididos en tres tramos o secciones. La primera, de unos veinte kilómetros, tiene la amplia bahía de Erenkeui a la derecha, en la costa de Asia, y a continuación el estrecho se va haciendo cada vez más digno de este nombre; la segunda parte, que tiene unos cinco mil metros de longitud, se halla fortificada en la orilla europea por ser muy baja la de Asia; los fuertes se extienden en una doble línea; el llamado Soghanderé, bajo el cual están emplazadas las baterías Medjidieh, con cuatro piezas Krupp de 21 centímetros, Hamidieh y Namazieh con 24, de calibres comprendidos entre 21 y 35, entre ambas

En alto las baterías Yildiz, Palla Tabia y Baba-Tabia. El Namazieh, que era el de mayor importancia, tenía reductos terraplenados de diez metros de altura y se encontraba reforzado por tres baterías que lo circundaban, con cuatro Krupp de grueso calibre cada una de ellas y enlazado con el vetusto Castillo de Kilid Bahr (llave del mar) construido asimismo por Mahomed II, en 1639, para defenderse del ataque de los venecianos. Este viejo castillo y el ya mencionado de Kum Kalé, formaban el nuevo «Dardanus», para distinguirlas de Sed-ul-Bahr y Chanak Kalessi (o castillo de las azulejas, que debe su nombre a haber servido de fábrica de estos utensilios de barro en tiempos de su constructor, Mahomed II) y eran conocidos con el nombre de «viejos Dardanus».

En la costa asiática se encontraban Chanak Kalé, también denominado Kalé Sultanieh o Dardanus, con 30 piezas Krupp, de grueso calibre todas, entre ellas algunas de 38 centímetros, en reductos modernos y en cuyas inmediaciones se alza la vieja ciudad Dardanus que da nombre a los estrechos y donde empieza, al inclinarse la costa hacia el Norte, el tercer trozo

(Continuación)

SECCION TECNICA

NAVEGACION DE ESTIMA EL TIRO NAVAL

Por **LUIS IBÁÑEZ**

Auxiliar 2.º Naval

AJUSTE EN ALCANCE

(Continuación)

2.º La causa, o sea, la ley de variación.

Hay dos modos de hacerlo.

a) Uno consiste en que, como el reloj anota todas las correcciones introducidas, si contamos el tiempo transcurrido desde que se descentró el tiro hasta que vuelve a estar centrado, la suma de las correcciones introducidas en ese intervalo, dividida por el número de minutos, nos dará la variación de la ley por minuto. Cuando se vuelve a descentrar, se repite la operación, con un resultado más aproximado, consiguiéndose períodos de centrado cada vez más largos.

b) El otro método consiste en variar un cierto número de metros la corrección y la ley de variación en alcance. Los ingleses varían 200 m., y, en caso de continuar el tiro descentrado se pasa al período de centrado por salvas dobles, escalonadas 400 m.

Elección de la distancia de fuego.—Las máximas distancias de tiro antes de la Gran Guerra eran de 15 a 16.000 m.; pero, previéndose que pudieran llegar a 20.000, y que, dado el estado de adelanto de la artillería y direcciones de tiro, no se pasaría de estos límites, en estas condiciones se construían los aparatos.

Es hoy norma general que el tiro empezará por encima de los 25.000 m., debido a la necesidad de «dar primero», por el avance tan considerable que se está experimentando en el material, habiéndose llegado a los máximos ángulos de elevación (60º) y aproximándose a los 1.000 m. las modernas velocidades iniciales, aumentando el número de radio de las ojivas de los proyectiles para darles mayores alcances.

Diversas son las causas que limitan la máxima distancia a que puede abrirse el fuego. Estas son:

1.ª Necesidad de ver el blanco, ya sea desde los puestos de los apuntadores o desde la torre directora. La distancia máxima vendrá dada por la suma de las distancias al último punto visible desde la cota del apuntador y la del blanco.

2.ª Obtener de los telémetros el máximo rendimiento, procurando que tomen parte en

(Continuará)

Manuel Núñez Rodríguez
Comandante del crucero «Miguel de Cervantes».

Obtenido el valor de la probabilidad de la horquilla, entrando en la tabla de probabilidad con el valor que resulta de dividir la suma de los dos errores prácticos telemétricos por la zona del 50 por 100 teórica del cañón, y con el número de piezas con que se ha hecho la salva, si este valor satisface el criterio del Director de Tiro, lo más probable es que la segunda salva sea larga, y el alza que se dará a la tercera, será la anterior, más la ley de variación, disminuída en un error práctico telemétrico. En estas condiciones, es casi seguro que la zona de dispersión del cañón esté «a caballo» sobre el blanco.

Si la segunda salva hubiese sido corta, se dispararía la tercera con un alza, que sería la de la segunda, más la ley de variación, aumentada en dos errores prácticos telemétricos, en la seguridad de que la salva será larga, ya que el error telemétrico será, por lo menos, igual a dos zonas del 50 por 100 del cañón.

Una vez conseguida la horquilla, se considera centrado el tiro, sin pretender, desde luego, obtener el mismo número de «largos» y «cortos». El «período de eficacia»—que es aquel en que, una vez centrado, se desarrolla el máximo de rapidez de tiro, para aumentar el volumen de fuego y abrumar al enemigo—nos dirá si es necesario corregir el tiro por zonas del cañón. Parece ser que debiera tirarse en este período de eficacia con todas las piezas del buque, aunque se aumentase la zona de dispersión; sin embargo, estudiaremos los diversos procedimientos que pueden emplearse para deducir cuál es el más práctico, teniendo en cuenta que de una salva a otra no se espera observación. Únicamente, al ver que se descentra, se procederá a emplear un método de «centrado», y se pasará de nuevo al tiro de eficacia.

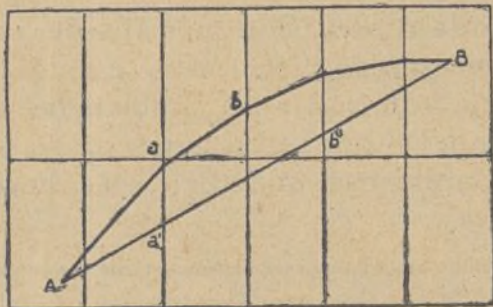
Ajuste de la componente longitudinal.—Durante el período de eficacia, se presenta la necesidad de ajustar la componente longitudinal. Apenas se observe el descentrado, procuraremos llevar el centro de la rosa de tiro, por saltos de alza, a coincidir con el del blanco, debiendo corregir:

1.º El efecto, o sea, el desvío, y

rumbo para trasladarse de uno a otro punto. A esta derrota se llama *Loxodromica*.

Como cambiar constantemente es imposible, para navegar por la derrota Ortodromica tendremos que ir navegando por pequeñas Loxodromicas y claro es que cuanto mayor sea el número de estas que hagamos, más cerca del círculo máximo navegaremos. Considerando las dos derrota vemos que la Loxodromica que tiene que formar ángulos iguales con los meridianos, en los puntos de corte a' b' marcha por debajo de la Ortodromica que forma ángulos cada vez mayores en los puntos a, b,...

Si trasladamos a la carta mercatoria ambas derrota tendremos que la Loxodromica que tiene la condición de formar ángulos iguales con los meridianos, como estos en las cartas son rectas paralelas, será una línea recta, o sea la A. a' b'...B. (fig. 2) que une los puntos de



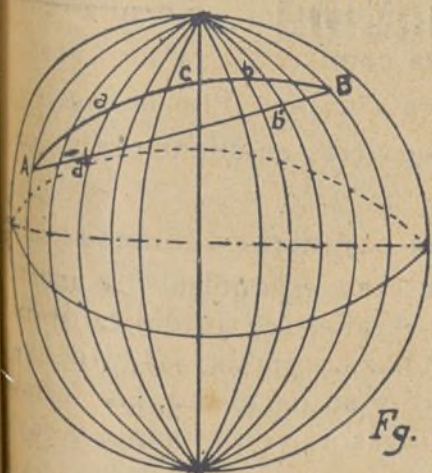
salida y llegada. En cambio la Ortodromica estará formada por las pequeñas Loxodromicas A1, ab,... que lo mismo que el arco de círculo máximo va formando ángulos mayores con los meridianos.

Parece a primera vista que la Ortodromica representada por la línea quebrada A1, ab,... B, es mayor que la Loxodromica, recta A a' b' B, pero no es así en realidad, porque la Ortodromica atraviesa regiones más altas donde el aumento que produce la proyección Mercatoria es mayor y si redujéramos las distancias aumentadas de la carta a verdaderas, nos resultaría que la línea quebrada es menor que la recta.

(Continuará)

El camino que tiene que recorrer un buque para trasladarse de un lugar a otro de la tierra se llama *Derrota*; a su estudio y trazado se dedica el que tiene que conducir el buque, antes de abandonar el puerto de salida. No cabe duda que de un punto a otro se pueden hacer infinitas derrota, pero lo que nos interesa es la más corta, siguiendo la cual hacemos el traslado en el menor tiempo posible y con el menor gasto de combustible.

La distancia más corta entre dos puntos de la esfera es el arco de círculo máximo que los une; por lo tanto es la derrota más corta para trasladarse de un punto a otro; a esta derrota siguiendo el arco de círculo máximo se llama *Ortodromica*. Así en la (Fig. 1) la ortodromica en-



los puntos A, B, es el arco de círculo máximo A, C, B. Si trazamos los meridianos distintos puntos comprendidos entre el A y el B observamos que el arco A B no forma ángulos iguales con ellos sino que estos ángulos aumentan a medida que vamos de A a B. Como nosotros nos tenemos que guiar por la aguja o sea el rumbo que es precisamente el ángulo formado por la proa y meridianos de los lugares por donde va pasando el barco, para seguir por ese arco de círculo máximo tendríamos que ir cambiando constantemente el rumbo.

Entre los puntos A y B podemos trazar la curva que forma ángulos iguales con todos los meridianos; por lo tanto en los puntos de ella el rumbo será el mismo y bastará go-



LA ARMADA



En la Flota Republicana no hay diferencias, ni puede haberlas, porque los socialistas y los comunistas, y los anarquistas y los republicanos y los sin partido, no son más que antifascistas y españoles que han ofrecido sus vidas por España libre de invasores.

Crónicas navales

¿Hacia una nueva política naval de los facciosos?

Por JUAN DBL MAR

Destituído del mando de la Marina rebelde el vicealmirante faccioso Moreno—no sabemos fijamente aún si como resultado de la morralada cometida por el mismo en el combate de Cabo de Palos, o en razón, menos probable, a haberse sumado al descontento reinante entre los marinos de la España invadida, luego de la intromisión abusiva de los alemanes apoderándose de la dirección y control de la Base Naval de La Carraca—, Franco (¿) ha conferido la jefatura de las fuerzas al también faccioso almirante Cervera, muy conocido nuestro, por haber desempeñado la jefatura de la Base Naval de Cartagena, poco tiempo antes de estallar la sublevación.

Coincide tal nombramiento con la puesta en activo del crucero ligero «República» (hoy, denominado «Navarra»; ayer, en los tiempos monárquicos, «Reina Victoria Eugenia»), barco ya viejo, pues, como es sabido, fué botado al agua en Abril de 1920, en El Ferrol, siendo por consiguiente, tres años más antiguo que nuestro crucero de segunda «Méndez Núñez», que es con el cual tiene más semejanza y comparación, aunque supere a éste en desplazamiento, con las 5.590 toneladas de aquél.

Reparación larga y costosa, ciertamente, la que ha tenido que sufrir el «República», habida cuenta de las malas condiciones de navegación en que se encontraba al iniciarse el movimiento subversivo, que le sorprendió, precisamente, en el Arsenal de San Fernando, haciendo turno para ser dado de baja en el activo de la Flota y quizá desguazarlo.

Claro está, después de la pérdida del «Balears», la necesidad de poner en línea todo lo que tengan a la mano, habrá movido a los rebeldes, por lo visto, a semejante reparación.

Calderas, tuberías de vapor, artillería, todo, en fin, tendrá que haber sido renovado en el viejo buque, a poca eficiencia que se haya pretendido dar.

Tiempo, si han tenido—y de sobra—en estos dos años de guerra, para dicho trabajo. Y en cuanto a materiales... ¿para qué hablar de ello, sabiendo la ayuda que los de la otra zona vienen recibiendo de Hitler y Mussolini? Cuanto hayan necesitado, les habrán servido al momento. ¿Cómo no!

Seis cañones de 150 mm., con mayor alcance que los del «Méndez Núñez», parece ser que le han montado. Seis cañones... ¡Y viva la No Intervención!

A lo que se ve, en cruceros, han querido recuperar la superioridad en potencia artillera, con los 8 cañones, de 200 mm., del «Canarias»; los 8, de 150, del «Almirante Cervera», y estos 6, de 150 (de menor alcance), del «República».

¿Qué fines inmediatos pueden perseguir los facciosos con tales unidades?

A nuestro entender—y sin embargo de aquellos otros servicios que, entretanto, puedan desempeñar—, es lógico pensar traten de tenerlos preparados para el momento en que, como consecuencia de la entrada en vigor del plan británico de retirada de «voluntarios», se le conceda a Franco el derecho de beligerancia, en cuyo caso, llegada sería la ocasión, para el enemigo, de intentar el bloqueo de nuestros puertos, paralizando nuestro tráfico marítimo nacional, con el golpe gravísimo para nuestra situación militar que ello supondría.

Ahora bien: una cosa es intentarlo, y otra, muy otra, su logro. Porque, a lo mejor, del dicho al hecho..., viene a cruzarse en su camino otro accidente «misterioso» como el del «Balears».

Por ganas, no ha de quedar, ciertamente. ¿Verdad, compañeros de la Flota Republicana?

Crónica internacional

El mundo, en tensión

En esta semana, nada nos revela el horizonte internacional. Nada, al menos, de nuevo. La entrada en vigor del acuerdo de Londres sufre un nuevo estancamiento. Las argucias infames de la política mussoliniana se ciernen en su derredor, como una argolla. Ya el Gobierno español patentizó sus reservas en torno a la lealtad con que los invasores hicieran suya la propuesta del Subcomité de No Intervención. La retirada de los «voluntarios» y el reconocimiento de los derechos de beligerancia a los facciosos, se hallan una vez más en el aire. Respecto a este último punto, no tendríamos nada de particular que girase en redondo el criterio de los cofactores del engendro, a consecuencia de la briosa ofensiva que han iniciado victoriosamente los Ejércitos españoles en el frente del Este.

La confirmación de la estrecha amistad franco británica ha dejado en suspenso la insolencia de los gobiernos totalitarios, que adoptan, frente a los hechos consumados, una doble y mendaz actitud. Mientras Hitler aplaude hipócritamente el estrechamiento de las relaciones de las dos grandes democracias europeas («chantage» maquiavélico, con vistas a la obtención de referencias mejores en el «affaire» de Checoslovaquia), Mussolini no oculta su rabia profunda... El imperialismo fascista comienza a vacilar, apenas nota que no es firme ni segura la tierra que pisa. Pierde la serenidad, al punto, y su bravuconería se convierte en silenciosa y prudente expectativa.

Dos hechos han de señalar en días venideros e inmediatos su honda repercusión más allá de las fronteras españolas. El uno, es el magnífico discurso de Don Manuel Azaña, voz auténtica de España y de todas las conciencias españolas honradas. El otro, es la epopeya que escriben, con su sangre y su heroísmo, las fuerzas republicanas, que abaten las hordas invasoras en Levante y en el Este.



Primer general! rebeide:

«¿Y qué haremos cuando hayamos destruido España?»

Segundo general:

«¿Cómo? ¿Qué haremos? Pues destruiremos las ruinas».

(De «Left Review», de New-York).